

MELPÓMENE, por *Arturo Capdevila*.

Acaso ninguno de los infinitos libros de versos publicados en el Continente haya causado el revuelo de entusiasmo y de elogios que este «Melpómene», del gran Capdevila, cuando apareciera en 1912.

Y justo fué el homenaje. El acento trágico de todo el libro era y es nota nueva y originalísima en la poesía de Indoamérica. Conciencia clara del dolor, cantado con fuerte voz de hombre que no lloriquea:

¡Los signos se cumplieron! ¡Oh, sabed la indecible
palabra, la siniestra palabra, la terrible
palabra, hermanas mías! Nuestro padre agoniza...
Y llorasteis. Lloramos. Una fría ceniza
de realidad deforme, nubló las resolanas
de la ilusión. Tocaron a muerto las campanas.
¡Y fué la hora vacía, crepuscular, horrible
de su muerte! Y fué el vuelo silencioso, intangible
de su espíritu enorme, santo... ¡infinitamente
santo, puro y enorme! ¡Y fué que, frente a frente
del misterio, quedamos desolados, heridos,
cogidos de la mano como niños perdidos
en un bosque, de noche, cuando todas las cosas
dan miedo en las profundas tinieblas clamorosas!

Si acusaba este primer libro de Capdevila, escrito a los veinte y dos años, un temperamento lírico de selección, la maestría de su forma lírica, el dominio del lenguaje, la sabiduría precoz de su adjetivación, dejaban ver claramente la obra maciza que habría de darnos y que está cumplida.

Entre todo lo bueno del libro sobresale el conocido poema «Santificado sea», que diarios y revistas del Continente han

venido reproduciendo con elogio durante más de veinte años. Hay en él un soplo trágico que ningún poeta de América logró dejar en su obra, y que tampoco tiene parangón en la poesía de España.

Los derechos de autor de esa sexta edición de «Melpómene» que publica Nascimento los ha cedido Capdevila, en un noble gesto de camaradería, a la Sociedad de Escritores de Chile. Y aunque tuvo este libro los altos y prestigiosos estudios críticos que merece, hemos querido señalar en esta breve anotación el hecho de que prestigie ahora con sus blasones indiscutibles las prensas de una editorial chilena.

C. P. S.

■

ALREDEDORES DEL SILENCIO.—(Dibujos de Pastor), por *Carlos María Solari*.

Poeta de estirpe indudable es el autor de «Alrededores del Silencio», que la Biblioteca Alfar acaba de editar en Montevideo.

Rompe el molde clásico del verso con agilidad musical, y nos muestra imágenes bellas y originales que dan la impresión de haber sido halladas sin búsqueda afanosa. Poeta subjetivo, sabe unir las impresiones externas a su emocionada visión íntima y ofrece en este libro buenas muestras de su personalidad.

Como el alejamiento mutuo en que viven los países de América en el orden intelectual hará difícil que este libro de Carlos María Solari sea conocido entre nosotros, nos parece oportuno copiar aquí uno de sus poemas.

Silencio de fogón en la noche.
Del otro lado de las puertas están
el sueño rompedizo de los perros
y, amontonados, los rumbos, que esperarán